



Nueva Revista de Filología Hispánica

ISSN: 0185-0121

nrfh@colmex.mx

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios

México

Olivier, Florence

Comunistas y libremente desdichados. La aporía de los días terrenales

Nueva Revista de Filología Hispánica, vol. LII, núm. 2, julio-diciembre, 2004, pp. 449-464

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60252205>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

COMUNISTAS Y LIBREMENTE DESDICHADOS

LA APORÍA DE *LOS DÍAS TERRENALES*

Los títulos de algunas novelas de José Revueltas —*El luto humano*, *Los días terrenales*, *En algún valle de lágrimas*, *Los motivos de Caín*— expresan con creces cómo su obra se vuelve hacia la caída antes que hacia el horizonte de algún paraíso terrenal, por más comunista que fuera. El escritor que apelaba al realismo, el militante indómito, miembro en dos ocasiones del Partido Comunista Mexicano y, en el intervalo, del Partido Popular de obediencia igualmente marxista; fundador, en los años sesenta, de la Liga Leninista Espartaco de la que resultó expulsado; compañero de ruta del movimiento estudiantil de 1968, era un optimista paradójico. Confiaba lo suficiente en la historia para querer cambiar su curso y se mostraba pesimista respecto a la condición humana. Presa de un conflicto latente que acabó por hacerse obvio, quiso, como escritor comprometido, que sus novelas hablaran del sentido de la realidad, en especial, de la del México de los años treinta, la de los comunistas que luchaban en la clandestinidad enfrentándose, no sólo a la represión del gobierno, sino también, a partir de *Los días terrenales*, a su conciencia frente a un estalinismo activo aunque innombrable, cuando no inconcebible.

Desde sus primeras novelas —*Los muros de agua*, *El luto humano*—, y pese a la presencia de tesis políticas e históricas que anunciaban los días futuros del comunismo y el tan esperado “hombre nuevo”, el aspecto de la realidad que sedujo su escritura y desvió el optimismo de sus postulados ideológicos fue el aquí y ahora de “este valle de lágrimas”. En 1961, Revueltas había de definir el sentido de esta realidad, su dirección o tendencia, con una expresión popular, evocando “el lado moridor” del movimiento interno de la realidad. Inscribiéndose, con una resolución intacta, en una estética realista que calificaba de materialista y dia-

léctica, ofrecía como sinónimos “lado moridor” y lado dialéctico de la realidad, es decir, “aquel en que la realidad obedece a un devenir sujeto a leyes, en que los elementos contrarios se interpenetran y la acumulación cuantitativa se transforma cualitativamente”¹.

Ahora bien, si nos ceñimos a la teorización que el autor elabora acerca de sus relatos de ficción, no podemos sino comprobar que no abundan los vuelcos dialécticos en sus argumentos. Todo parece indicar que el “lado moridor” de la realidad equivale a la acumulación de lo negativo (la opresión, la alienación, el error), tras la cual, o de la cual, debería surgir, como deflagración, el cambio o “brinco” cualitativo hacia lo positivo (la liberación, la conciencia), del que no se hallan más que inciertas huellas en los desenlaces de dichos argumentos. Con la salvedad de que la existencia de las novelas podría asimilarse a este “brinco” cualitativo de la dialéctica —novelas que el escritor quisiera que fueran pedazos de conciencia arrebatados a la alienación generalizada (social y política) que escenifican—, costaría mucho encontrar ese brinco “narrado” *in fine* en las novelas más conocidas de Revueltas. La excepción es *Los muros de agua*, cuyo final feliz, por así decirlo, pone a salvo la moral comunista.

Este realismo dedicado por entero a una representación expresionista de la alienación resultó aceptable para los compañeros intelectuales de Revueltas, o los teóricos del marxismo, mientras no subrayó la alienación en el seno del Partido Comunista Mexicano. Y éste es precisamente uno de los temas aparentes de la tercera novela de Revueltas, *Los días terrenales*, publicada en 1949. A diferencia de lo que sucedió en las novelas anteriores, en ésta los comunistas no aparecen unidos, sino divididos: algunos se sitúan por el lado de la perversión dogmática de los principios del Partido y el marxismo, y son acquiescentes víctimas de la fascinación —consciente o inconsciente— por el poder; otros intentan guardarse de toda certeza y se niegan a idealizar a la humanidad, la vanguardia proletaria y los comunistas, empezando por sí mismos. En efecto, el dogmatismo autoriza tales idealizaciones, como lo ilustra el personaje emblemático de Fidel, “santo criminal” o “cura rojo”, que se comporta como si estuviera ungido para guiar a la humanidad hacia su felicidad futura. Así, Gregorio, personaje antagó-

¹ JOSÉ REVUELTAS, “A propósito de *Los muros de agua*”, pról. a *Los muros de agua*, en *Obras completas*, t. 1, Era, México, 1978.

nico de Fidel, en un ardiente discurso afirma a este último que la lucha por una sociedad sin clases debe llevarse a cabo para hacer a los hombres: “libremente desdichados, arrebatárles toda esperanza, ¡para hacerlos hombres!”².

El escándalo no tardó en desatarse. Por haber hecho participar a los personajes comunistas de este “valle de lágrimas”, caracterizado por la alienación, la vileza y la mala fe; por haber subrayado ciertas perversiones de la utopía, algunos críticos marxistas forzaron a Revueltas a la autocrítica —o a aceptar hacerla—, tras la cual pidió que su novela se retirara de las librerías. La polémica en torno a *Los días terrenales* fue violenta, en la medida de la violenta —¿e inconsciente?— audacia crítica que manifestara el escritor en su novela con respecto de ciertas conductas dogmáticas.

Sin embargo, en un primer momento la novela mereció elogios por parte de críticos literarios y escritores tan exigentes como Salvador Novo, quien vio en ella personajes logrados, una composición elegante, una acción sutilmente agenciada, y llegó a comparar una escena con un fragmento de Proust; o como Alí Chumacero, quien alabó la “cólera lírica” del autor y cuya reseña concluye con la siguiente afirmación: “Por mí, sé decir que, después de la lectura de *Los días terrenales*, me he reafirmado en la creencia de que la novela es, en efecto, una obra de arte” (p. 365)³.

Muy pronto, los intelectuales marxistas, compañeros de Revueltas en el Partido Popular, como Enrique Ramírez y Ramírez o Vicente Lombardo Toledano, o comunistas, como Antonio Rodríguez, alias Juan Almagre, emprendieron una campaña crítica de tenor ideológico. Un auténtico alegato, exhaustivo y documentado, publica Enrique Ramírez y Ramírez después de leerlo ante los miembros del Taller de Gráfica Popular. El crítico intenta poner en guardia al mundo artístico de izquierda ante la posibilidad de desviaciones como aquellas en que, a su juicio, había incurrido Revueltas. Desviaciones o, mejor dicho, extravíos: el artículo

² J. REVUELTAS, *Los días terrenales*, ed. crítica coord. por E. Escalante, ALLCA XX-F.C.E., Madrid, 1996, p. 132 (en adelante, cito por esta edición por número de página entre paréntesis).

³ Cf., en el “Dossier” de la ed. cit. *supra*, n. 2: Alí Chumacero, “*Los días terrenales* de José Revueltas”, *México en la Cultura*, 18 de diciembre de 1949. Para las apreciaciones críticas de Salvador Novo, pueden consultarse, igualmente en el “Dossier”, los fragmentos de su diario, publicados originalmente en *Mañana*, 30 de septiembre de 1949 y 2 de octubre de 1949 (p. 363).

de Ramírez y Ramírez se titula “Sobre una literatura de extravío”, trata del fondo y forma de la novela acusando a los críticos literarios de pasar por alto el contenido y de no prestar atención más que a la forma. A la novela se le reprocha un discurso filosófico en exceso retórico al que se subordinan acción y personajes a lo largo de una exposición de confuso método; su visión de la condición humana tildada de pesimista y contraria al marxismo, por ser demasiado individualista; su afinidad con el existencialismo, esa “filosofía de la decadencia”, por medio del subjetivismo, y, por ende, su nihilismo; sus tendencias místicas; su deformación de lo real debida a la elección de personajes degradados y a veces perversos; su composición, demasiado dispersa; los abusos expresivos de sus oraciones de sintaxis recargada. El artículo concluye con la exigencia de una pronta autocrítica por parte del novelista (p. 367)⁴.

He aquí una novela que sus detractores juzgaron carente de realismo y que, sin embargo, provocó conmoción en la realidad. Despertó una violenta polémica sin antecedentes en los medios intelectuales marxistas, tan pronto como encontró lectores sensibles a su discurso crítico o, por así decirlo, avezados a las lecturas ideológicas. El discurso de la novela había surtido efecto, de manera sin duda sorpresiva para su autor, quien, en un inicio, pensó que podría defenderla, en especial frente a Ramírez y Ramírez, compañero suyo en el Partido Popular después de su común exclusión del Partido Comunista en 1943. Pero, ¿cómo explicar la aparente ingenuidad inicial de Revueltas —la buena fe del heterodoxo que clama su inocencia y sus convicciones marxistas— y la suma violencia de su gesto autocrítico aunado a la negación de su obra en un acto muy real: la petición de que se retirara su novela de la venta en librerías?

Puede responderse ciertamente a la segunda pregunta analizando la sucesión de situaciones de poder que configuran la historia de la negación de *Los días terrenales*. Puede concluirse a la luz de esta breve historia que Revueltas, amenazado con verse aislado y acusado de seguir el juego a la burguesía, se vio obligado a sacrificar su obra en aras de la “razón de Partido” o de la “razón política”, sin por ello estar convencido de sus errores. Esta explicación peca de sencillez. En la novela puede hallarse la prefiguración de la autocrítica de su autor, puesto

⁴ Cf., en el “Dossier”, Enrique Ramírez y Ramírez, “Sobre una literatura de extravío”, *El Popular*, 26 de abril de 1950.

que el discurso de *Los días terrenales* no se libera del deseo ambivalente de hallar una ley moral. Si se tienen en cuenta las contradicciones que informan discurso y relato en *Los días terrenales*, el paso del discurso polémico, que se despliega en el espacio de la ficción, al discurso didáctico de Ramírez y Ramírez —que se caracteriza por la amalgama entre principios teóricos del materialismo dialéctico, principios estéticos del realismo correspondiente, y leyes morales—, no resulta tan asombroso, como tampoco lo es que Revueltas repita ese discurso didáctico en sus textos autocríticos⁵.

Como hemos dicho, José Revueltas era presa de un conflicto entre lo que consideraba su deber de militante y su deber de escritor, que deseaba fundir en uno solo. El conjunto de su obra novelística aparece así como el producto y el lugar de expresión de este conflicto, el espacio donde luchan la ley del sentido que actúa sobre el discurso —sobre la verdad por decir— y la pulsión de escritura —que hace surgir otros sentidos, otras verdades, como sucede en *El luto humano*, por más que esta novela se vea corregida *in fine* por una interpretación simbólica explícitamente proferida por el narrador, quien parece querer estabilizar el sentido del relato. *Los días terrenales* es, a todas luces, una de las etapas de este conflicto a la vez que un intento por resolverlo.

Por el lado del discurso, del sentido deseado de la verdad que quiere decirse, la cuestión esencial que propone *Los días terrenales* es más ética que política y atañe a la condición humana. Por lo demás, Revueltas declaró poco después de la publicación de su novela: “No quise hacer la crítica de un grupo humano que lo mismo puede ser marxista que sinarquista: y no porque crea en un arte puro, libre de toda intención política, antes porque quise, única y exclusivamente, retratar la condición del hombre”⁶. Sea lo que fuere, este ambicioso proyecto estriba en la crítica de una actitud, o más bien una conducta humana con la que tropezó el autor en su realidad: el cómodo sojuzgamiento moral del individuo a la fe en un absoluto político, rasgos que atribuye a ciertos militantes del Partido Comunista Mexicano del que, en 1949, ya no era miembro desde hacía seis años.

⁵ Cf. FLORENCE OLIVIER, “L’hétérodoxe et le renégat”, en *Pouvoirs et contre-pouvoirs dans la culture mexicaine*, ed. L. Panabière, GRAL-CNRS, Paris, 1985.

⁶ OSVALDO DÍAZ RUANOVA, “«No he conocido ángeles», dice Revueltas”, *México en la Cultura*, 28 de mayo de 1950.

La composición de la novela evoca la estructura de un debate que el narrador organiza, en lo esencial, entre dos figuras emblemáticas de posturas éticas contrarias, relevadas, a su vez, por otros personajes. Frente a Fidel, el militante comunista de elocuente nombre que encarna la postura dogmática, Gregorio, compañero del primero, busca a tientas durante su recorrido iniciático que transita por la ascesis, una lucidez que implica la hipótesis de la total ausencia de verdad absoluta. A sus ojos, la creencia en valores absolutos obvia la conciencia desesperada que el hombre debe alcanzar al reconocer su soledad y finitud para asumir su condición. La exigencia de una conciencia metafísica se aúna a un propósito moral, puesto que depende del reconocimiento, por parte de cada cual, de su espacio psíquico; un espacio necesariamente imperfecto, desde el punto de vista del discurso moral que en *Los días terrenales* aparece constantemente en las reflexiones y palabras de Gregorio, y de su personaje relevo, Bautista. Así es como, en la novela, la alienación cobra el aspecto de la represión de los afectos “individuales”, a la que recurren los personajes comunistas so pretexto del don de su persona a la causa política. Esta represión sacrificial surte efectos perversos, cuyo menor beneficio es el orgullo y cuya ventaja más preciada consiste en el rechazo de sentimientos negativos como la vanidad, celos y deseos de venganza, posesión y dominación. De este modo, queda denunciada la moral del sacrificio, o doble moral de los militantes, de la que algunos —Gregorio, Bautista— llegan a tener conciencia, mientras otros —Fidel, el joven e ingenuo Rosendo— la practican o practicarán de acuerdo con lo que los primeros consideran un autoengaño.

Así, *Los días terrenales* parece pasar en limpio las consideraciones éticas y filosóficas de su autor, como un reflejo de la lucha interior en *Revueltas* plasmada en la novela mediante personajes que hacen las veces de los términos del debate, y elaborar el relato dinámico de las aventuras de una conciencia. El último capítulo, iluminación interior en las tinieblas de una celda, es una toma de posición. El debate se clausura con una articulación liberadora que cobra la forma de un largo relato de las reflexiones de Gregorio, por fin poseedor de una certidumbre: podrá asumir su ética sin remordimientos.

Si los personajes desempeñan el papel de términos del debate —y se entregan sin cesar a sus propias luchas internas— la composición de la novela adopta el ritmo de la disputa. El orden

del relato, el manejo del tiempo narrativo, de los distintos espacios geográficos y sociales, abiertos o cerrados y el valor simbólico de las iluminaciones diurnas o nocturnas contribuyen a significar una total oposición entre las elecciones éticas de los personajes. El relato de *Los días terrenales* aspira a todas luces a una mayor coherencia en la exposición de la disputa.

Un narrador, a la vez escenógrafo y director, que se preocupa por organizar la contienda, reparte capítulo tras capítulo las oportunidades para tomar la palabra. El debate resulta casi siempre indirecto: en efecto, entre los nueve capítulos de la novela, sólo el octavo ofrece una confrontación entre Gregorio y Fidel, si nos atenemos al desarrollo cronológico de los sucesos posteriores a la primera escena. Sin embargo, algunas analepsis con forma de rememoraciones de Fidel en el cap. 5, de Gregorio en el 8 —escena del primer encuentro y primera discusión acerca de la naturaleza humana entre los dos; escena de un vehemente discurso de Gregorio sobre la conciencia desdichada tras una exaltada exclamación de Fidel acerca de la felicidad de ser comunista— ilustran los desacuerdos iniciales de los protagonistas. Los primeros seis capítulos alternan los puntos de vista de Gregorio (1 y 4) y de Fidel (2 y 5), relevados por los de Bautista y Rosendo quienes, pese a encontrarse juntos, no se logran comunicar (3 y 6). Esta asignación de los puntos de vista no es equitativa ni pretende serlo. En efecto, las reflexiones y sensaciones de Gregorio dominan por completo las escenas de los capítulos en los que aparece, mientras que las de Fidel son adivinadas u observadas y, en todo caso, juzgadas con severidad por Julia, su mujer, o por Bautista, cuyos debates interiores repiten o prefiguran los de Gregorio. La oscilación primera entre los puntos de vista subraya de hecho el estatismo de la conciencia de Fidel, el dinamismo de las de Gregorio y Bautista, y la ingenuidad de Rosendo que ve en Fidel un modelo. Más aún, la oscilación pretende poner de relieve lo inconciliable de las respectivas posiciones de los protagonistas. El largo capítulo de la confrontación entre Fidel y Gregorio hace hincapié en el punto de vista de Gregorio —quien analiza y juzga las palabras y actitudes de Fidel. Fidel desaparece en el último tercio del capítulo que inicia el relato del recorrido sacrificial de Gregorio y justifica la decisión del personaje por medio de reflexiones que irán profundizándose en el último capítulo. Así, la composición del relato privilegiará la posición de Gregorio. El discurso ético de la novela, fundado en la oposición entre los protago-

nistas, resulta, a fin de cuentas, unívoco. Si bien *Los días terrenales* brinda el relato de la elaboración de una certidumbre mediante un debate, el dinamismo se encuentra en una sola de las dos vertientes que conforman la oposición fundamental en la novela: la conciencia de Gregorio o la de Bautista. El personaje de Fidel permanece estereotipado y caricaturizado pese a los escasos momentos de duda que asoman en sus reflexiones, y que concluyen con la sistemática negación de sus contradicciones.

Si hay algún debate en la novela, se verifica, por una parte, en las querellas interiores o exámenes de conciencia de Bautista y Gregorio que se insertan en el tiempo de la historia y progresan hasta llegar a sus respectivos desenlaces en los caps. 6 y 9, aunque se sitúan en una sola vertiente de la oposición de la disputa central; y, por la otra, a nivel del que se constituye como tal por medio del desmenuzamiento narrativo de la historia que pertenece, por ende, al tiempo arbitrario del relato. El discurso que emana del narrador se dirige al lector que espera toda novela y, en el caso preciso de *Los días terrenales*, al auditorio que reclama toda controversia pública —o publicada. En la ficción, Gregorio y Fidel debaten muy poco acerca de sus respectivas posiciones, una de las cuales, cuando menos, parece preestablecida y no podría modificarse en el transcurso de la discusión. De ahí, un efecto ambiguo de las estructuras generales de la obra que se perciben —porque parecen flotar un poco en torno a la historia que, no obstante, ordenan y ciñen con fuerza— como procedimientos retóricos en aras de una declaración sobre la condición humana, la conciencia que puede tenerse de ésta y la conducta moral que induce esa conciencia.

La declaración, que se cumple en distintas etapas a lo largo de los últimos dos capítulos, mediante los discursos de Gregorio, define una condición humana con rasgos de soledad, finitud, y propensión a vicios y virtudes. En cuanto a la práctica moral que reclama esta conciencia, Gregorio la formula en el cap. 8, preconizando el ejercicio de:

...una forma, digamos, de solidaridad inversa, que nos destruya, que nos anule, que nos despersonalice como individuos; y esa forma no puede ser sino la responsabilidad común en lo malo y en lo bueno, pero al grado, al extremo de que esa responsabilidad tenga nuestro mismo nombre y apellido (p. 199).

La resolución del debate interior de Gregorio, que pone punto final a la disputa general del relato en el cap. 9, cobra el valor de una catarsis para quien (se) autoriza este discurso: el narrador autor.

En la ficción, Gregorio, solo y encarcelado tras la manifestación suicida que el Partido le mandó encabezar después de retirarle sus funciones anteriores por “desvacionismo”, se expresa con libertad y elige el reconocimiento de la “verdad” humana que es la tensión entre el bien y el mal. Más adelante se verá la ambivalencia del reconocimiento. Asimismo, el autor de la novela, a solas con su escrito, fuera de la comunidad del Partido Comunista o del Partido Popular, puede reivindicar una “cólera lírica” y novelar sus dudas acerca del bien, el mal, el hombre y los hombres del Partido.

Se sabe que la libre desdicha de la conciencia revueltiana no había de durar. La ilusoria libertad conquistada en la novela concluyó cuando en la realidad se reanudó la contienda escenificada en la ficción. El peso retórico, la teatralidad argumentativa de *Los días terrenales* no podían sino invitar a los celosos lectores militantes, exponentes de una “verdad” política y una moral, a olvidar la índole literaria de la novela, y centrar su atención en el debate que motiva la “impúdica” catarsis de las pasiones morales de su autor, obligando a prohibir la escenificación de las conciencias comunistas.

Sin embargo, cabe valorar el esfuerzo estético que significó para Revueltas la escritura de *Los días terrenales*. Gracias a las reflexiones de los personajes inmersos en situaciones extremas, la novela logra sostener la desgarradora visión de la condición humana que brinda a sus lectores la conciencia lacerada de su autor. Una conciencia lastimada por punzantes contradicciones.

La visión es desgarradora porque, en esas aventuras de la conciencia, no pueden revelarse las verdades de la condición humana sino a favor de circunstancias sombrías en las que cada uno de los personajes se ve forzado a confrontar la imagen que tiene de su propia coherencia moral, con las pasiones y pulsiones que suele negar. Algunos progresan hacia la revelación mientras que otros persisten en la mala fe y la negación. Para unos y otros la confrontación resulta dolorosa cuando no tormentosa. Sin embargo, el tránsito hacia la conciencia de lo que todos contemplan como la tensión entre el bien y el mal no es una liberación feliz, sino un goce expiatorio que pone en vilo la experiencia de la libre desdicha reivindicada por Gregorio.

Una de esas circunstancias consiste en las tinieblas, ya sean nocturnas o artificiales, en que se desarrolla la mayor parte de la historia y, significativamente, su principio y desenlace. Tinieblas que, al inicio del relato, Gregorio asocia con el Caos original, “antes del hombre”, y que inauguran la fascinante aparición de lo innombrable. Así, por lo menos, el personaje formula lo que presiente y escapa a su entendimiento: “algo sin nombre, profundo, esencial y grave que estuvo a punto de aprehender y que hoy escapaba sin remedio” (p. 8). A lo largo de la novela, las tinieblas resultan ambivalentes para las conciencias: propicias para las revelaciones aunque hostiles al ejercicio de la razón. En efecto, si bien Gregorio celebra al final en su calabozo esa “fantástica oscuridad”, esas “amadas tinieblas” en las que reconoce la “memoria del ser, la más remota memoria zoológica” (p. 164), en el cap. 3 Rosendo y Bautista perciben la oscuridad nocturna de los suburbios de la capital como

un tejido hostil, una suerte de proplasma adverso que rodeara al espíritu sin permitirle nacer, sin dejarlo romper una placenta enemiga y sorda, a la manera como sucede en el recuerdo, ligeramente atroz, de cuando, desde el vientre materno, quizá se experimentaron unas cosas extrañas que eran el deseo de sentir y, al mismo tiempo, la angustiante imposibilidad de ese deseo (p. 41).

En otros términos, esas tinieblas anteriores al hombre, o esa oscuridad uterina, cuya imagen reaparece en el último capítulo cuando Gregorio intenta vivir de nuevo desde su calabozo la experiencia primera de la conciencia de la vida, parecen significar un ámbito de la vida naciente e ignorante del bien y del mal. Un ámbito cuya característica recuerda la imagen del inconsciente freudiano, aunque tal referencia no pertenece al discurso de la novela.

Las circunstancias sitúan a los personajes al borde de lo que ignoran de sí mismos, en mayor cercanía a su propia extrañeza. La anulación de la conciencia propia y la del otro puede provocar el estado de choque. Así es como Gregorio, asesor político de un grupo de campesinos indios y comunistas del sur de Veracruz, comparte con éstos un momento de fervor colectivo una pesca nocturna cuyo producto se ofrendará a la Virgen del Carmen y ve naufragar su “razón”, de hecho sus valores morales, ante la brutal codicia de los hombres, justificada por lo sagrado. Si bien la escena, casi onírica, de amor y muerte entre

dos muchachas que presencia Jorge Ramos, arquitecto y compañero de ruta del Partido, no hace peligrar su identidad de esteta, lo perturba revelándole su pulsión de *voyeur*. Más traumáticas aún son las muertes de seres odiados o muy queridos —la del asesino a sueldo para Gregorio; la de su hija de diez meses para Fidel y Julia; la reacción de Fidel ante esa muerte para Bautista y Rosendo—, las rupturas amorosas, la enfermedad venérea, la violencia policíaca, la tortura y la reclusión solitaria en la cárcel.

Si bien la novela opone la mala fe e impotencia de Fidel —quien no puede expresar su desamparo ante el tácito alejamiento de Julia, ni su dolor después de la muerte de su hija, teatralizando su devoción por la causa política en ese momento—, al afán de Gregorio o Bautista por cobrar conciencia de sus contradicciones afectivas y morales, esta oposición casi desaparece en cuanto se representa el proceso mental de la negación. En efecto, lo que *Los días terrenales* muestra, con respecto al movimiento de las conciencias de sus personajes, y frente a la revelación de sus pulsiones y pasiones en circunstancias desestabilizadoras y traumáticas, es una racionalización defensiva; racionalización que interrumpe el curso de sus pensamientos divagantes, asociativos, suscitados por la emoción o traídos por el recuerdo. Los constantes y vanos llamados de Gregorio a la razón, durante la doble escena de pesca nocturna y el hallazgo del cadáver del enemigo, demuestran cuán defensiva es la función racionalizadora. El relato se escande por medio de esos intentos de racionalización, por esas disputas interiores, que serán tanto más largos y argumentativos cuanto que percibidos *a posteriori* por Gregorio y Bautista, como construcciones mentales destinadas a apartar la culpa ligada al reconocimiento de un sentimiento juzgado vergonzoso e inmoral.

Breves y poco argumentadas son las reflexiones de Fidel, cuando recuerda, involuntariamente, una conversación entre dos viejas beatas hipócritas en la que optan por el bien abstracto del temor de Dios frente al bien concreto de la compasión por el hermano moribundo de una de ellas. Fidel teme parecerseles, y concluye rechazando la hipótesis de una verdadera similitud entre su caso y el de ellas. Muy largas, en cambio, son las reflexiones de Gregorio sobre la verdad moral y psicológica de las caras de los muertos, mientras niega el placer vengativo que le depara la muerte de su eventual asesino; o las de Bautista, sobre la falsa alternativa entre el desprecio por sí mismo y el

que siente por su semejante cuando, al pisar una deyección humana, reprime una asociación inconsciente entre esta materia y la frustración amorosa que ha vivido con su mujer.

Si bien el relato escenifica, a menudo, la lucha interna entre lo reprimido que retorna y la liberación de lo reprimido, si a veces deja asomar la posibilidad de que el reconocimiento del sentimiento contenido disuelva la culpa —como en el caso del goce vengativo de Gregorio—, no brinda a los personajes la posibilidad real de que suceda. Al final del cap. 4, el relato deja a Gregorio “solitario en medio de una tempestad de dudas” y presa del “hondo presentimiento de que las tinieblas apenas empezaban” (p. 67). Dividido entre la culpa, puesto que se siente “involuntariamente cómplice del crimen” cometido por la prostituta Epifania, y la gratitud hacia ella por haberle salvado la vida, parece, sin embargo, reivindicar la ambivalencia de su posición afectiva y moral. Efectivamente, prevé la condena por parte de la gente del Comité Central y en especial de Fidel, seres, según él, “momificados” e incapaces de contemplar la complejidad de la vida. Sin embargo, el relato adopta más adelante una posición que, pensándolo bien, parece muy moralizadora respecto de la ambivalencia moral. Al final del cap. 6, Bautista, que mide su frustración y rencor hacia su mujer, se siente mancillado por esos sentimientos y lamenta no ignorar que las gentes “tenían dentro del alma un secreto rincón inconfesable, donde abrigan las peores vergüenzas” (p. 99). Este personaje, en el que descansa parte del discurso ético de la novela, evalúa así el espacio psíquico a la medida de lo reprimido y la culpa, sin acceder a su dimensión inconsciente y liberadora. De este modo, en el discurso de la novela se efectúa una especie de retroceso horrorizado ante la impensable amoralidad del inconsciente, ante lo que los personajes más lúcidos llaman la “complejidad de la vida”. Al final del cap. 4, una frase de Bautista, que luego recuerda haber oído en boca de Gregorio, puntualiza sus descubrimientos y el discurso general de la novela: “...la vida es algo muy lleno de confusiones, algo repugnante y miserable en multitud de aspectos, pero hay que tener el valor de vivirla como si fuera todo lo contrario” (p. 104). Lo que aquí expresan los adjetivos con los que Bautista califica la vida y su reivindicación del valor para vivirla es una terrible decepción del personaje antes que una verdadera aceptación de la “desdicha banal” —para retomar aquí una frase freudiana que define la salida de la “miseria neurótica”.

A pesar de que *Los días terrenales* emprende una aproximación a la complejidad del espacio psíquico, su discurso sigue abocado a la representación moral de ese espacio, cuando no a una moralización, con el mismo impulso con que intenta escapar al simplismo de esa manifestación, denunciando sus efectos perversos por medio de personajes que identifican su propia conducta con el bien. Al cabo, las “malas interpretaciones” de la antinomia moral entre el bien y el mal resultan más vilipendiadas que la excesiva sencillez de la antinomia, pese a los esbozos de aceptación de una dinámica entre sus dos términos, y al esfuerzo por pensar en el ámbito del deseo inconsciente; esbozos cuyos ejemplos pueden verse en la posición de Gregorio al final del cap. 4; en la escena en que se afirma, en su incandescencia y belleza plástica, el puro deseo del amor prohibido de las adolescentes lesbianas contempladas por el arquitecto Ramos; en la concepción del acto sexual que enuncia Gregorio (“...todo lo fecundo y hermoso que el sexo tiene, todo lo sagrado, su condición espléndida de acto afirmativo, digno, jubiloso y libre”, p. 151), o en los comentarios del narrador sobre la actitud ingenua y casta de Bautista frente a la mujer que desea (“Pero Bautista no traspuso la frontera cuya entrada Rebeca no tenía reparo en franquearle. En lugar de desprender de sus ramas el hermoso fruto del árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, dejóse seducir por un cierto prejuicio de conmiseración, de culpa”, p. 102). Pese a estos intentos de pensar en la articulación entre el ámbito del deseo y la ley moral, no hay en *Los días terrenales* un discurso sostenido que reivindique una libertad humana a la vez dichosa y desdichada, sino la dolorosa renunciación a un ilusorio dominio del bien y de la ley. Esta deposición se traduce, en boca de los personajes supuestamente lúcidos, a discursos de amarga burla —como las divagaciones filosofantes de Bautista sobre la deyección universal—, o a una auténtica racionalización defensiva —como las elaboraciones teóricas de Gregorio, con momentos de irrisión, sobre la libre desdicha de los hombres dignos de su humana condición. A fin de cuentas el discurso de la novela parece tender hacia esta racionalización, sometiendo sus intentos por representar el ámbito del inconsciente a la necesidad y deseo de enunciar una ley moral.

Esta es una de las mayores contradicciones de la novela y puede arrojar luz sobre el posterior rechazo de *Los días terrenales*. En efecto, sobre la expresión de la tensión entre el bien y el

mal prevalece la necesidad de proponer una resolución discursiva y dramática a dicha tirantez, determinación que a su vez resulta contradictoria. De ahí que, en la polémica posterior a la publicación de la novela, Revueltas haya mostrado una incertidumbre progresiva frente a los argumentos de sus críticos marxistas que invocaban principios morales a los que no renuncia *Los días terrenales*.

La solución dramática que ilustra los discursos teorizantes y moralistas de Gregorio se verifica en los caps. 8 y 9, después de la cesura del 7 donde el arquitecto de izquierda, Jorge Ramos, brinda una cínica respuesta al problema moral propuesto en la novela. Se atribuye a Gregorio el sentimiento de libre desdicha que este personaje ejemplar —tanto de su discurso como del discurso de la novela— ofrece ante Fidel como horizonte de dignidad humana. Cuando, en el cap. 8, Fidel y Gregorio se encuentran, y luego se separan, comprueban su fundamental desacuerdo; de hecho, ambos están condenados, aunque de distinta manera: el primero, de modo subjetivo y objetivo, a su desdicha afectiva y a la negación de esa desdicha gracias a la práctica militante; el segundo, de modo objetivo, pues se le asigna una misión política arriesgada. Como sujeto de su destino, sin embargo, elige inscribir en su cuerpo la muy paradójica libertad de la conciencia desdichada al hacer el amor con la prostituta enferma de sífilis que le salvó la vida. Gregorio cura la huella de esa acción de gracias en un dispensario sórdido, lugar donde se humilla lo humano.

En el cap. 9, Gregorio elabora sus reflexiones en las tinieblas de un calabozo, y se dispone a morir de la mano de sus verdugos tras la sangrienta represión de la marcha de los desempleados que encabezó hasta la ciudad de México. Portador de una verdad ética, pese a sus declaraciones en contra de toda fe ilusoria en las verdades absolutas, el personaje *encarna* literalmente esta verdad al final del relato. En el desenlace, que hace coincidir el término del relato con el ocaso de todo porvenir para el personaje, Gregorio consiente su muerte, probable y cercana, y la percibe como una crucifixión, continuando así la lógica sacrificial de purificación y renuncia que lo llevó a contraer la enfermedad venérea de Epifania. Lógica sacrificial de propósito heroico puesto que, al final del cap. 8, Gregorio reivindica en sus reflexiones su “contagio consciente y deliberado”, como ejemplo de “las renunciaciones absolutas que harían del hombre el ser humano por excelencia, el ser más orgulloso,

doloroso y desesperadamente consciente de su humanidad” (p. 156). De este modo, se sugiere a sí mismo, individualmente, como vanguardia de la humanidad. El último pensamiento del personaje al oír llegar a sus torturadores —“Estaba bien” (p. 170)—, ese “amén” con el que concluye la novela, sustituye la palabra por su cuerpo ofrendado en sacrificio. Como recurso final, Gregorio se consagra al sacrificio para salvar una ley moral cuya expresión ha buscado por medio de sus palabras, actos y sensaciones, a lo largo de la historia. En esta parábola, sin embargo, el personaje reivindica la “desesperanza del espíritu”, como defensa e ilustración del epígrafe de la novela, tomado de Jean Rostand:

Esta es la paradoja de la postura crística que adopta Gregorio. En efecto, a la luz de las reflexiones finales del personaje, se ve que la libre desdicha de su conciencia se invierte en el goce de ver cómo se cumple su destino, aunque no falto de culpa; que la renuncia a la vida equivale a una recuperación; que el sufrimiento es alegre: “El destino no significa —se dijo— sino la consumación de la propia vida de acuerdo con algo a lo que uno desea llegar, aunque las formas de esa consumación resulten inesperadas y sorprendentes no sólo para los otros, sino para uno mismo en primer término”. Abrigaba una curiosidad enorme por saber cómo iba a producirse tal consumación y al mismo tiempo esto le causaba pena, una especie de vergüenza, como si fuera a gozar de un bien inmerecido...

Construía en su imaginación el atormentado y torturante mundo de los hombres, y a medida en que aquello cobraba consistencia y límites dentro de su espíritu, se iba sintiendo más y más conturbado, pero en cierto sentido con placidez, con algo semejante a un gozoso sufrimiento y también con ciertos deseos confusos, ciertas nostalgias y una especie de necesidad dolorosa de que se le protegiera y se le amara como a un niño sin amparo (pp. 169-170).

En *Los días terrenales*, la práctica sacrificial de la “solidaridad inversa”, que los discursos de Gregorio definen como “la responsabilidad común para el bien y el mal”, antes que ofrecer una conclusión para el debate que propone la novela, lo cancelan. Al creer Fidel que su conducta —y toda la práctica del Partido Comunista— responde al principio del bien; al responder Gregorio de modo tan absoluto por la convivencia del bien y el mal en el hombre, que identifica con su responsabilidad en

un goce expiatorio, ¿no terminan por parecerse? Los vanos sacrificios de Fidel en pos de una ejemplaridad militante que Bautista denuncia ¿no se ven encarecidos por la estética del sacrificio de Gregorio, a la que se abandona el desenlace de la novela; por esa apología de la grandeza moral disfrazada de humildad y soledad? La resolución heroica de la tensión entre el bien y el mal confirma la aporía del discurso de la novela, que tropieza en su intento por definir una moral que escape a los efectos perversos de la doble moral militante.

Las aventuras de la conciencia terminan con esta representación perfecta —o, mejor dicho, con este pasaje al acto de la escritura, pues no es el sentido intencional de la novela— del *impasse* del discurso moral de *Los días terrenales*: el sacrificio de su protagonista. Entre las contradicciones de la novela, he aquí la expresión más punzante, sin duda, de la conciencia desgarrada de su autor en busca de una ley moral en la que se disuelva la libertad.

FLORENCE OLIVIER
Université de Paris-XII